

Monocromía

Alocasia Pardo, como su nombre lo dice, era una mujer sin luz, una persona grisácea. Su vida siempre fue marcada por la falta de color, ya sea emocional como físicamente. Cuando nació, se pensó que tenía una grave enfermedad, por su gruesa piel oscura y opaca, por lo que fue llamada así en honor a la planta “Alocasia black velvet”, la cual se caracteriza por sus tóxicas hojas que tienen un verde tan oscuro que parecen negras y la luz no es necesaria para lograr su florecimiento. Alocasia fue la primera y única hija del simple matrimonio Pardo, Luis Eduardo y Maria Vega. Eran dos comerciantes que vendían pescado a las afueras de Cantabria, donde se ganaban la vida diariamente gracias a su pequeño mercado.

Durante su infancia fue muy distinta a los demás niños, debido a su curiosa personalidad y los colores que usaba para vestir, vestidos negros y marrones que hacían juego con su piel. Debido a su dificultad para hacer amigos, la pequeña y frágil niña solía quedarse en su habitación, y cuando sus padres partían al puerto, cerraba la puerta y sus cortinas hasta tener una total oscuridad. En la flor de su elaborada noche, tomaba sus pinceles, tintes y pinturas de las mejores tiendas del pueblo para conseguir iluminación. Al pintar, Alocasia inmediatamente brillaba alrededor de sus óleos y acuarelas, era su espacio feliz que no podía ser invadido por la oscuridad de su mundo. Pintaba paisajes, pajaritos, animales y personas, donde abundaba el color y el movimiento. Eran tan personales sus obras, que inmediatamente después de su creación, las rompía para que no pudieran ser vistas, eran mucha vida para su mundo.

Con el tiempo, Alocasia fue creciendo, pero su pasatiempo seguía día tras día acompañándola. Ella podía vivir con sus pinturas, alguna cosa de ellas la hacían sentir muy feliz. La niña despertaba de noche, momento donde dibujaba y pintaba trazos hasta que se sentía lo suficientemente tranquila para dormir y empezar otro día. Una oscura noche de invierno, tomó rápidamente su paleta y sus brochas, para comenzar un nuevo lienzo. Pero lo que no supo, fue que a diferencia de sus otras noches, esta vez la inspiración no pararía. Una fuerza y un sentimiento interior la

acercó al lienzo, donde trazo tras trazo, fue dejando huella en su obra de arte, olores deliciosos quedaron impregnados en la tela, movimientos y sonidos se grabaron en ella, y las mezclas únicas de la paleta de colores se adueñaron del lienzo, con una fuerza y luz inmensa. La pintura era tan realista, que se traspasó al otro lado del marco, los colores bailaban por la pequeña habitación llenándola de los objetos del lienzo, cientos de pájaros volaron por doquier, el agua de las fuertes olas azuladas inundaba el lugar y los árboles brotaron desde los fríos pisos del departamento. Los sonidos y olores se sintieron nuevamente en su oscuro mundo, y en ese momento Alocasia se dio cuenta del don de sus pinceles. No supo si fue ella o sus mágicos utensilios, pero pudo pintar y hacer realidad su imaginación. Inmediatamente, asustada pintó su departamento tal y como estaba, con miedo de que alguien se diera cuenta de su poder. La naturaleza y los coloridos objetos rápidamente se disolvieron, e ingresaron como una atracción magnética a la pintura, las brochas se secaron y los mezcladores se emblanquecieron de forma instantánea. Alocasia, sin palabras no movió ningún dedo y se fue inmediatamente a la cama. Luis Eduardo como de costumbre, llegó muy tarde a darle su beso de despedida, sin saber sobre el mundo mágico al que había ingresado su hija.

No podía dormir, todo su ser pensaba en lo que había visto en ese lienzo, su cabeza no paraba de imaginar su futuro, y como las pinturas tendrían efecto en él. Lentamente, se paró de su cama, se puso las suaves pantuflas color ratón y la bata para acercarse cuidadosamente al atril. Prendió velas para iluminar la habitación y observó atentamente el lienzo sin saber cómo seguir. Tomó el pincel de abanico y por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué pintar. No encontraba por donde partir, el miedo no la dejaba esbozar, por lo que decidió pintar cosas de la pieza. Mezcló sus colores, creando muchos tipos de verde, verde oscuro, claro, oliva, pino y pistacho. Pintó botellas llenas de cada tipo de verde, y estas al estar listas, cayeron del cuadro. Cayeron al piso las cinco botellas, y tomándolas como pudo, logró palpar los nuevos colores en sus manos. Y brotó la imaginación. Pintó libros, muñecas, zapatos y vestidos, cosas nuevas en su vida que fueron expulsadas de la pintura a los brazos de Alocasia. Cuando las pintaba nuevamente, volvían al lienzo

lentamente como si nunca hubieran existido. Ya de madrugada, cansada por sus creaciones, se pintó a ella misma durmiendo, y voló a la cama a descansar.

Al día siguiente, solo pensaba en colores, formas y superficies, por lo que usaría nuevamente en su lienzo. Se vistió con su colorida ropa nueva, unos zapatos naranjos, la blusa rosada y los alegres pantalones morados, para volver a la pintura. Tomó esta vez un pincel plano y dibujó un águila rapaz, esperando su aparición. Nada. Curiosamente, de la pintura no floreció el animal, dibujado con tanto detalle. Sorprendida, tomó el pincel abanico pensando que quizás ese era el problema. Pintó un ramo de margaritas, pero estas no salieron de la tela. Preocupada, cambió el lienzo pensando que este se había gastado, pero nuevamente no salían las cosas que pintaba. Lo intentó todo, cambió su posición, los colores, el mezclador e incluso esperó hasta el anochecer. Sin embargo, todo indicaba que su nuevo mundo había terminado. Lentamente, una lágrima corrió por su mejilla, no entendía lo que pasaba. Las gotas ya secas, se convirtieron en ira, rompió los finos pinceles en miles de pedazos, tomó las astillas y rajó lienzos y telas muy enojada. Muy triste, rompió su ropa, sus libros y sus muñecas nuevas, metiendo todo a la chimenea. Se sentía culpable y estúpida por lo inocente que había sido, al pensar que podría haber cambiado su vida. Se acostó en la fría cama sin poder cerrar los ojos. Desesperanzada, la niña tomó el último pincel que le quedaba y con los vagos colores monocromáticos se pintó a sí misma. Nunca antes había pintado con tanto detalle, mezcló el gris marengo con el negro petróleo, y dibujó su silueta. Tomó las sobras de sus frascos y con las manos salpicó el lienzo con todos los colores. Amarillos, azules, verdes, morados, el arcoíris completo se veía en la tela, sin dejar espacios blancos. Era una figura oscura en un mundo soñado lleno de vida. Y en el minuto que completó su pintura todavía fresca, Alocasia lentamente se adentró en el lienzo, donde finalmente encontró el color.

Pacífico